

# Algo de lo que pueda agarrarme

Santiago Nieto Aristizábal

Promotor de lectura en @librosdesantynieto, santynieto.com, santiagonietoaristizabal@gmail.com

*A través de la ventanilla el mundo me parecía irreal. ¿Cómo podía haber tanta luz, tanto color, tanta animación? O eso era lo único real, y lo demás ya no era más que una ficción, un recuerdo que se iría borrando hasta desaparecer igual que la luz de un automóvil que en la noche nos pasa por un lado y se va perdiendo por la autopista, en la lejanía del horizonte invisible.*

**José Libardo Porras**

Nací a los diez años, cuando me aferré al hábito de leer libros y escribir historias para contrarrestar el vacío incomprensible de mi memoria. Digo que nací a esa edad porque en mi mente nunca encontré registro fidedigno de las cosas que supuestamente precedieron ese momento. Después entendí que a lo que quise asignar el nombre de “memoria” no era más que una acumulación de anécdotas y fotografías contadas y tomadas por bocas y manos ajenas, en las que una versión más joven e irreconocible de mí mismo entraba y salía de escena. Apuntaba con letras y dibujos garabateados los cuentos de superhéroes que en lapsos imaginativos iba construyendo, haciendo más habitable la soledad de mi cuarto, en donde por largas temporadas carecía de invitaciones a jugar afuera. Me refugiaba, entonces, en la ilusión de un futuro propio que creía estar escribiendo a través de ficciones imposibles. Años después, abandoné toda sed de lectura y cualquier ímpetu por escribir, hasta que me cansé de repetir ese estadio de receptor pasivo de historias que contaminaban los recuerdos de mi infancia. Ahora sigo en el mismo cuarto, solitario; pero intentando volver a descubrir en la lectura y la escritura otros lugares para vivir.

\*\*\*

Ahí, en mi cuarto de adulto incipiente, repleto de objetos del presente y del pasado, está el Volkswagen blanco de juguete. Destartalado de tanto azote y con solo dos llantas en su sitio. Lo tengo desde antes de haber nacido. Igual que mi nombre, siempre me ha pertenecido, pero me precede: existió antes que mi primer recuerdo. Todos los demás carritos ya cambiaron de lugar —fueron regalados o tirados a la basura—, pero ese prevalece como un vestigio de mi infancia. Un trofeo de la niñez, de lo que alguna vez fui y ya no soy.

Me ha pasado muchas veces que mis ojos tropiezan con el carrito, que me lo encuentro apoyado en un mueble lleno de discos que compré en mi adolescencia. Verlo me lleva a buscar otro agarre material detrás de mis párpados, en mi mente. Lo encuentro: se trata de una fotografía impresa, tomada en la playa de San Andrés. En el centro de sus tonos fríos está el que dicen que soy yo antes de cumplir dos años de edad, sonriendo encima de una silla de plástico. Debajo de ella se ve el Volkswagen recostado sobre la arena. Intacto, con sus cuatro ruedas bien puestas.

El carrito me lleva de mi habitación —de los discos y los libros y la presunción de adultez— a mirarme desde los ojos del mar. Al mismo tiempo, me veo mirando al mundo más allá —¿detrás, o al frente?— de la foto. Ahí donde está el movimiento invisible de las olas que no recuerdo, cuyo ritmo persigo pero ignoro. Del juguete a la foto, y de ahí al hecho de no poder rememorar, imagino cómo pudo ser ese momento. Cómo fue existir con tan pocos recuerdos. El vacío que quedó de ese día en mi memoria ahora es imagen: la foto ocupa el lugar del recuerdo que ya no tengo.

Que el carrito de la imagen sea el mismo que ahora sostengo con mis manos significa que ellas son las mismas que lo arrastraron y lo llevaron de un lado a otro hace más de dos décadas. Con mis dedos lo toqué entonces y con ellos lo sigo tocando. Es un testimonio tangible de haber existido también en los momentos que no puedo recordar, de nuestra capacidad de perdurar en el tiempo, junto con las cosas que guardamos.

Verme en esa foto —mirarme mirándome— me conecta conmigo. Aun cuando el que me responde la mirada no sabe de lenguajes, nos comunicamos.

Trazamos un puente entre los dos: una línea que une dos caras distintas bajo la premisa de ser las mismas. Ese cuerpo de niño ya tenía el don de observar, de fijar los ojos en un lente, en el océano Atlántico, o en el futuro que le borraría ese y tantos más momentos para atarlo, paradójicamente, a la pregunta por la memoria, por querer reconocerse en una foto en la que años más tarde no se reconocería.

\*\*\*

Me despierto por la mañana y mi celular, en lugar de “Buenos días”, me dice: “Mira esta foto de hace cuatro años”. Entonces siento que en la pantalla se me riega el tiempo, se me va, se me escurre por entre los dedos. Intentando atrapar y detener su transcurrir siempre constante, creamos las tarjetas de memoria electrónicas, que ahora son parte esencial de nuestros teléfonos. Guardamos centenares de fotografías y mensajes que se pierden entre el mar de fotografías y mensajes que quisimos guardar antes, y cada foto hace la anterior más insignificante, más inútil. Y luego nos enfrentarnos a la realidad inapelable de que los sucesos no se pueden almacenar.

También convenimos la invención de nociones numéricas con la pretensión de contabilizar el tiempo pasado y el que está por venir. El avance de los números del calendario me avisa que esa es una idea en movimiento. Intentamos “llegar a tiempo” a todas partes, pero siempre nos quedamos atrás. Hasta en nuestra forma de comunicarnos: “Todo discurso es una narración. No hay ninguna oración que no cuente una historia, es decir, que no hable del tiempo que pasa. La palabra está siempre en el tiempo y siempre ya pasó”<sup>1</sup>.

Ese intento insulso por controlar lo incontrolable me recuerda al delirio de moldear el mundo —o lo que cada quien considera del mundo, que es su propia experiencia— para que sucedan las cosas que queremos. Le decimos “fuerza de voluntad”. Pero el tiempo, en su transcurrir etéreo, es imposible de capturar. Ni las fotografías ni los videos ni los relojes nos pueden devolver el tiempo que ya pasó por encima de nosotros. Solo dejará de moverse en el momento en que dejemos de existir. Imagino la quietud

del tiempo, posible solo en la muerte: el sosiego definitivo que nunca experimentaremos los vivos.

\*\*\*

Me levanto de la cama, voy al baño y me miro en el espejo. Reconozco que miento: no soy capaz de desligarme de las fotografías ni de las memorias artificiales que llevo en mi celular. Las necesito. Así como necesito que el Volkswagen blanco siga todavía en mi habitación, aunque no cumpla ninguna función material. Elijo mantener la ilusión de que el pasado es mío para repetirlo cuando quiera.

Hace unos días leí el cuento *Llorar sobre leche derramada*, de Lina María Parra. En el contexto de una mudanza, la narradora dice que “en veinte años caben muchas cosas”. Ahí las “cosas” son los objetos materiales que ocuparon las paredes de la casa y que ahora deben recoger para llevárselas a otro lado, o para regalarlas, venderlas o botarlas. Me pareció una forma sencilla y bella de hablar del tiempo como un espacio físico, como si fuera una estantería que vamos rellenando con objetos a medida que pasan los años. Quise pensar un rato en el carácter vital de las cosas materiales. Hay, dentro de ellas, una permanencia de lo animado en lo quieto, de lo invisible en lo que sí podemos ver. Una presencia que detona nostalgia y nos hace querer volver al momento que se contiene en el cuerpo físico de cada objeto.

A veces, cuando estoy solo en mi habitación, siento un impulso irresistible por quedarme mirando fotos viejas. Se me pasa el tiempo del presente, el verdadero, redescubriendo mi propio pasado. Las miro con incredulidad, como si no pudiera entender las cosas que veo, como si no me hubieran pasado a mí. Es muy raro mirarse a uno mismo en una fotografía y no poder comprender a cabalidad el contexto que llevó a que cada uno de sus elementos estuviera en su lugar. ¿Cómo llegué a tomarme esa foto? ¿Dónde estaba antes de tomarla? ¿Los que salen ahí conmigo pensarán alguna vez en que esta foto existe? ¿Recordarán ese momento mejor que yo? Sería interesante escucharlos para ver qué tienen para decir sobre esos días —sobre esas vidas suyas— que quedaron inmortalizados en la imagen.

<sup>1</sup> Carolina Sanin, *Somos luces abismales*. (Bogotá: Penguin Random House, 2018).

<sup>2</sup> Daniel Liévana, *La gravedad y otras sustancias*. (Bogotá: Editorial Casatinta, 2020).

También es difícil explicarse a uno mismo que las fotos son evidencias de una vida anterior. Una en la que uno estaba en otro lugar, con otras personas, haciendo cosas distintas. No puedo evitar mirarme a la luz de mis sueños pasados, mis motivaciones más grandes, y ser sensible ante mis fracasos. Veo en mis ojos la inocencia del que no sabe que va a sufrir, a llorar, o a arrepentirse de muchas cosas. Y también la ingenuidad del que cree que quienes lo acompañan en esas fotos, sus amigos de la infancia y luego los de la adolescencia, serán los mismos siempre. ¿Siento ganas de volver? ¿Pero a dónde, si lo que está en esas fotos —esas amistades, esas conexiones— ya no existe? “Lo curioso de la paradoja es que el dueño de los recuerdos siempre mantiene una relación de misterio con las experiencias que ya vivió”<sup>2</sup>.

Siento dolor cuando encuentro fotos de Manolo, mi perro de once años que murió hace tres, y lloro, aunque haya pasado tanto tiempo desde su muerte. Entre lágrimas me río viendo la que le tomé con mi Nokia de bolita una vez que llegamos a la casa después de estar todo el día afuera y lo encontré acostado —enroscado como un rollo de canela— sobre mi cama. Había olvidado cerrar la puerta de mi cuarto al salir y Manolo tenía prohibido acostarse en camas ajenas. Para ese momento, su pelo tenía un color rojizo, quemado. Mi risa de hoy es el eco de las risas de los que lo vimos ahí. Me reconforta la existencia de esa foto y la forma en que prolonga, así sea por un pequeño instante, lo que la vida de Manolo provocaba en nosotros. En algunos videos que lo sobreviven, lo veo correr mientras busca su hueso de juguete, meneando su cola con *delay* con relación al resto del cuerpo. Cuando se voltea para venir hacia mí con su trofeo, su cara ya está blanca, pero ahí lo veo más bello que nunca. Hay fotos de los dos abrazados, dormidos —o simulando dormir— uno encima del otro. También las hay de su cara en un gesto sonriente, con la boca abierta y los ojos grandes, que siempre entendí como de ganas de jugar. Así aparece en una que le tomé pocos días antes de dejarnos, cuando portaba encima un cuello isabelino y sufría, en silencio, las heridas del accidente que desembocaría en su muerte.

Quisiera poder entender la muerte poder entender por qué tenemos que enfrentarnos a ella cuando estamos vivos.

Quisiera entender por qué se nos hace tan difícil a veces recordar con exactitud y precisión los momentos que tanto repetimos con quienes ya murieron.

Y quisiera entender por qué aunque eso sea así nos sigue doliendo tanto y nos seguirá doliendo siempre su ausencia.

Por más dolor que me traigan mis raptos de nostalgia, me opongo a borrar las fotos de mi celular. Disfruto del sufrimiento que me traen las imágenes; objetos narrativos que me cuentan lo que yo ya creo haber olvidado. Me entrego débil a la fuerza de las emociones que me inundan desde el pasado. Lo encuentro vivo dentro de mí. Tampoco borro los chats, que he llegado a releer alguna vez. Guardo cartas, regalos, libros, revistas, discos y diarios que en otro momento escribí. No reviso estas cosas todo el tiempo, pero tampoco puedo dejarlas ir. Mi cuarto de adulto está habitado por los entretenimientos de mi infancia, son la única forma que tengo de estar seguro de ser quien soy. “La vida es física”, dice Watanabe en el libro de Piedad Bonnett que leo ahora. Creo que apegarme a los objetos es un intento por conectarme con mi yo del pasado, y sentirme vivo. Presente en el tiempo más allá del ahora.

\*\*\*

Dormido pienso que ya estoy despierto. Me veo andar por mis recuerdos, haciendo como que no me doy cuenta de lo que hago. De día me repito los sueños que tuve hace dos, cuatro, seis años; y poco a poco los voy mezclando. De noche vuelvo y sueño, creyendo recordar escenarios que nunca sucedieron y sintiendo nostalgia por ellos.

Hace años que no tengo forma de distinguir con certeza entre los recuerdos verosímiles y los inventados. Hace años que, antes de dormir, me repito todo lo que hice durante el día. A ver si así no se me olvidan las cosas.

\*\*\*

En los cajones de mi habitación guardo todavía los cuentos de superhéroes que escribí cuando soñaba con vivir escribiendo. Ahora cada que escribo una oración siento que estoy andando por el camino que me construí años atrás. Intento extenderlo escribiendo mi historia de nuevo.

Me gusta pensar que mi escritura es la fotografía que refleja mi vida a la luz de mi verdad. Trazo otro puente, pero esta vez hacia delante: hacia una versión futura de mí que pueda reencontrarse conmigo en mis textos. A veces doy por sentado que recordaré, hasta la muerte, todos los momentos felices, satisfactorios o emocionantes de mi vida, y me he dado cuenta de que no es así. Tal vez esa falta de registro es lo mismo que la falta de objetos guardados en las repisas del tiempo. A veces el espacio no es suficiente, y llegan cosas nuevas que nos obligan a sacrificar otras, a regalarlas o a dejar que desaparezcan. Necesito las cosas materiales para tener algo de lo que me pueda agarrar. Para poder decir que soy alguien y que estoy inmerso en una noción de pasado, de permanencia y de significado más allá del instante efímero y eterno del presente.

Busco desesperadamente una excusa que me ayude a aceptar la realidad de que detrás de mi nombre hay una historia, una cadena de sucesos que se repiten y cambian y que me han traído hasta acá. Reconocer que no tengo buena memoria es sentir que me pierdo y que cada noche, al dormir, le dejo abierta la puerta al olvido. 🚪



